

Los 52 Cuentos

Elsyfer Fux



Capítulo 1

Introducción

En algún momento, Ray Bradbury publicó una lista de consejos para escritores neófitos como la mujer que te escribe estas líneas. Uno de ellos, para mí quizá el más importante, es escribir como demente, escribir todas las ideas que crucen por mi cabeza y convertirlas en relatos (no tan cortos, he de admitir) que provean a su creador de fuerza, inspiración y, por qué no, le sirvan de base para otras tantas obras venideras.

Ya hace cuatro meses empecé el proyecto al que llamo "Los 52 Cuentos", originalmente tenía el propósito de crear y publicar un relato por semana durante un año pero... La vida mundana ocupa demasiado tiempo y la creación se torna, por decir menos, una tarea demasiado complicada.

En todo caso, el buen Señor Bradbury tenía razón, escribir relatos cortos abre la mente a toda clase de emocionantes posibilidades.

Y apenas estoy empezando.

No pienso atiborrarte con mis motivaciones personales, para eso puedes leer las entradas en mi Blog *Mi Templo del Pensamiento* cuyo link puedes encontrar en mi perfil, aquí sólo obtendrás el producto final, el relato producto de un montón de situaciones; podrías decir que son una especie de Catársis o como reza mi premisa salida del ingenio de Vargas Llosa: Se escribe para llenar vacíos, para tomar desquites en contra de la realidad, de las circunstancias.

Sin más rodeos, estos son mis cincuenta y dos cuentos. Bienvenido/a seas.

Capítulo 2

¿Salimos?

No tuve que esperar demasiado antes de que una sonora notificación en el móvil me anunciara un mensaje del muchacho con el que había estado conversando prácticamente a diario hacía ya un mes.

“¿Estás libre hoy?”, “¿Todavía estás en la oficina?”, “¿Salimos?” me preguntaba una y otra vez. Al principio respondía tajantemente “Lo siento, no puedo” o “De verdad estoy muy ocupada”, incluso llegué a decir “Para ser honesta, no deberías estar interesado en mí si sabes lo que te conviene” pero eso sólo lo incitó más.

No nos conocíamos personalmente aunque llevábamos mucho tiempo siendo amigos en Facebook y realmente no cruzábamos palabra más que de vez en cuando hasta que de pronto él mostró un repentino, casi inexplicable interés en mí.

Cuando comenzó, contestaba sus mensajes por mero encanto a mi ego; no importa quién seas, los halagos de un desconocido siempre son bien recibidos, aunque una pequeña parte de mí deseaba cortar con aquello. No obstante seguí e inevitablemente nuestras conversaciones me permitieron desvelar al muchacho que letra a letra se iba convirtiendo en el objeto de mi interés hasta que brotó de lo más profundo de mi ser la sonrisa que inequívocamente me indicaba que él era adecuado. En realidad era más que adecuado, era ideal.

Así que finalmente acepté sintiendo cada fibra de mi cuerpo estremecerse ante nuestro encuentro.

Acordamos el punto de reunión bien entrada la noche bajo el resguardo de la Luna Llena. Él llegó cargando un ramo de rosas rojas que rechacé de inmediato “Lo lamento, soy tremendamente alérgica” así que el muchacho, en parte apenado, en parte decepcionado, tiró las flores a la basura en un gesto tan trágico que me hizo soltar una carcajada y decidí que debía compensarlo, lo besé sin mediar palabra.

No me tomó más de un segundo comprobar que él era en efecto ideal y lo convencí sin problemas de acompañarme de regreso a casa.

Sabía lo que pasaba por su mente, la química del cerebro produce diversas reacciones evidentes en el resto del cuerpo y aunque la química de mi cerebro me enviaba un sin fin de estímulos, puedo asegurar que nuestros pensamientos eran radicalmente distintos.

Al llegar a casa él apenas podía contenerse, ni siquiera notó las cubiertas de plástico en todos los muebles mientras yo me despojaba de la ropa guardándola en una bolsa de plástico que ya llevaba en la bolsa de mano, él hizo lo propio abandonando sus prendas ahí donde cayesen. Su excitación era tremenda y me pareció muy divertida así que volví a reírme de corazón ¡Cuánto iba a disfrutar esto! Él interpretó mi risa como una invitación y me pasó las manos alrededor de la cintura atrayéndome contra su cuerpo que desprendía el aroma más exquisito. Me permití degustar el sabor salado de su piel mientras su respiración se agitaba más y más.

Una vez que estuve embebida de él, mis dientes hicieron caso a mi hambre, sólo podía pensar en su carne, caliente y jugosa. De una mordida me hice con su hombro derecho que tragué en el más absoluto éxtasis mientras la sangre salpicaba todo alrededor y el muchacho se revolvió gritando asustado intentando escapar de mi letal abrazo. No pude más que sonreírle dulcemente antes de dar el siguiente bocado a mi deliciosa cena.

Sus aullidos doloridos, mis gemidos de placer, sus súplicas por piedad, mi garganta gruñendo extasiada al sabor de la sangre, sus manotazos desesperados y patéticos buscando la salvación y lágrimas, las tuyas y las mías brotando por motivos absolutamente contrarios: su muerte, mi vida. Aquello fue todo cuanto percibí mientras engullía su cuerpo. Sí, aquel muchacho que había venido libremente a mí era la presa perfecta, un ingenuo que por aburrimiento deseaba poseer a una mujer distinta a la muchacha que lo amaba incondicionalmente y que acudiría sin chistar a la guarida de un depredador como yo.

Ni siquiera noté cuando murió, ya estaba dando cuenta de sus entrañas cuando su corazón se detuvo, siempre me reservo el cerebro y el corazón para el final así que continué devorando ávida su piel, los fuertes músculos de sus piernas y espalda y hasta los huesos. Comí, comí y comí hasta que no quedó nada más que la sangre que salpicó el plástico y su ropa arruinada. Suspiré con cierta melancolía, en el fondo iba a extrañar nuestras conversaciones pero se lo advertí, no debió haberse interesado en mí.

Saqué el móvil de mi bolsa y revisé la lista de noticias con la esperanza de encontrar ahí a mi próxima cena, lo hice más por inercia que por necesidad, después de todo me quedaba tiempo hasta la siguiente Luna Llena.

Capítulo 3

El Calcetín Rojo

Aun estando a varios metros de distancia del escenario, el atronador aplauso de su público pidiéndole volver por quinta ocasión le llenaba los oídos.

Había ofrecido una función excelente, su voz iba guiada por la intensidad de sus sentimientos; deseaba imprimir a cada armonía, a cada melodía lo que su corazón gritaba en agonía y lo había logrado excepcionalmente, transmitió el dolor acumulado a lo largo de los años al auditorio abarrotado que la ovacionaba de pie batiendo las palmas frenéticamente, conteniendo las lágrimas, llenándola de halagos y rosas que recogió y dio a cuidar a su asistente antes de retirarse tajantemente a su camerino a solas. Necesitaba lamentarse en privado.

Habían pasado ya veinte años desde la última vez que vio los preciosos ojos verdes del único hombre que jamás amó, aún podía vislumbrar su rostro tan nítidamente como si sólo hubiesen pasado un par de minutos desde entonces ¡Si tan solo pudiese devolver el tiempo, habría cambiado tanto!

Su nombre era Henry, él era el tramoyista del pequeño teatro que alquilaba la compañía a la que por entonces pertenecía. El joven tramoyista, de rostro delicado y complexión delgada, parecía más bien un bohemio poeta de aquellos que solían abarrotar los bares en las frías noches de invierno. Henry no tenía reparos en cantar el amor que sentía por ella a los cuatro vientos pero eso la traía sin cuidado, era altanera y consideraba humillante el siquiera relacionarse con alguien tan inferior a ella por lo que ignoraba deliberadamente a Henry alejándose de él cuanto le era posible. De inicio ni siquiera reparó en las humildes atenciones del tramoyista aunque después de un tiempo, sin que ella misma fuese consciente, Henry robó su corazón ¿quién podría culparla? Él cantaba para ella fuera del camerino mientras se cambiaba de ropa después de cada presentación; todos los días, apenas ella ponía un pie en el teatro, él le entregaba un ramo de rosas silvestres que despedían un aroma exquisito, componía poemas que escribía en pequeñas notas que ella encontraba convenientemente dispuestos en cualquier lugar del teatro en que se encontrase y cada que le era posible, susurraba a su oído que la amaba y que por ella sería capaz de lo que fuera... Pero ella seguía mostrándose indiferente ante él a pesar de que un millar de mariposas revoloteaban en su estómago y su corazón se revolvía en su pecho esperando el momento ideal para confesarse y decirle a Henry que ella se sentía igual ¡Oh, cuánto se arrepintió de semejante comportamiento! El pobrecillo Henry un buen día se armó de cuanto amor y valor tenía y juntó la paga de varios meses para hacerse con un sencillo anillo de compromiso que le entregaría pero

no reunió lo suficiente para la caja que debía portarlo así que metió la joya en un calcetín rojo limpio que encontró entre sus escasas pertenencias e hizo con él una rosa que le entregó después de la última función de Navidad en el arretrato más sincero de amor que ella hubiese visto jamás pero ¡maldita fuese la hora! Los nervios la traicionaron y en vez de lanzarse a los amorosos brazos de Henry se encerró en su camerino sin decir una palabra. Había destrozado el corazón de Henry y éste salió corriendo del teatro sin fijarse en nada y un camión se le fue encima acabando con su vida en el acto.

Para cuando reunió el valor de abandonar el camerino y hacer frente a Henry, lo único que encontró fue el calcetín rojo abandonado al pie de su puerta en vez de un lloroso joven de rizos dorados y ojos verdes al que finalmente abrazaría y besaría como ordenaba su corazón... pero cuando fue a preguntar si alguien lo había visto, se topó con la imagen de su amado tendido sin vida a la mitad de la calle.

La persona que había sido hasta entonces murió junto con él y desde entonces fue incapaz de amar a nadie más, no podía quitarse la culpa de aquel terrible accidente y se maldecía hasta la locura, rezaba fervorosamente noche tras noche pidiendo perdón al alma de Henry y declarándole lo que había ocurrido en realidad.

Su voz la había llevado al éxito pero estaba vacía, solamente al recordar a Henry su voz traslucía emoción genuina, de ahí que su actuación de esta noche hubiese sido una de las mejores de su carrera.

Haciendo acopio de entereza, decidió alistarse para recibir a los medios, la función debía continuar. Eligió un sobrio vestido negro y lo sacudió para aligerar la tela cuando notó que algo pequeño salía despedido de él. Sintió que el aliento le faltaba cuando descubrió un calcetín rojo hábilmente enrollado en forma de rosa en la alfombra.

¡No podía creer lo que sus ojos veían! ¿Quién habría podido haber dejado un objeto tan peculiar en su camerino?, ¿Con qué sentido? No había nadie ahí además de ella que conociese su historia... Pero ahí estaba, idéntico al calcetín que veinte años atrás llevase la promesa de una vida feliz que había perdido para siempre. Aún incrédula a sus sentidos, tomó el calcetín y lo desenrolló dejando caer en la palma de su mano temblorosa el sencillo anillo de oro que Henry había comprado para ella.

Rompió a llorar desesperada, incapaz de comprender, abrumada por los años de angustia y remordimientos que llevaba a cuestas... y entonces, tan clara como antes, la voz de Henry recitando uno de sus poemas:

Cuando no puedas dormir,

yo calmaré la tempestad por ti.

En tu tristeza, yo secaré tus lágrimas.

Cuando me necesites,
yo seré quien camine a tu lado.

Yo seré quien termine con todos tus miedos.

Al alzar la vista, por increíble que fuese, se encontró con Henry quien le sonreía radiante, tan hermoso como lo recordaba con su cabello de rizos dorados y sus ojos verdes que parecían contener toda la felicidad que a ella se le había escapado.

Y ahí donde las palabras fallaron,
aprendí a entender lo que se escondía en tu voz.

Henry se inclinó sobre ella, con el dorso de su mano, cálida y suave, secó sus lágrimas, después tomó su mano derecha y colocó el anillo en su lugar para acto seguido besarla completando el acto que debió haberse llevado a cabo años atrás.

Por fin las cosas eran del modo en que debían ser.

No mucho después en todos los medios se anunciaba el repentino deceso de Christine Simmons, la famosa cantante que sufrió un ataque cardiaco fulminante al interior de su camerino minutos después de haber ofrecido un magnífico concierto. El forense al rendir declaración haría como acotación con una sonrisa torcida en los labios que Christine había muerto en paz "jamás la vi más hermosa, tenía una sonrisa preciosa".

Capítulo 4

Noticias Frescas

La debilidad humana había quedado absolutamente evidenciada ante la devastación provocada por la terrible enfermedad conocida en todo el mundo como La Muerte Roja.

En las calles sólo se escuchaban los desgarradores lamentos de quienes habían perdido familia y amigos y aguardaban para sí mismo el fin cuya única estampa era la sangre: desconsolados llantos de niños que no comprendían el origen de los terribles dolores que les atenazaban y no tenían a nadie que les brindase consuelo y los murmullos de quienes creían que elevando sus súplicas al cielo conseguirían la salvación de lo que se les presentaba como el verdadero Apocalipsis.

De nada habían valido las precauciones y medidas sanitarias tomadas por todas las naciones del mundo, La Muerte Roja cubrió con su mortaja salpicada de sangre a políticos, clérigos, empresarios, oficinistas, artistas, campesinos, comerciantes y prostitutas por igual. Lo que hasta hacía poco había sido conocido como 'Civilización', estaba siendo aniquilada con rapidez y certeza y no había nada que pudiese detener el letal avance del mal. De nada había servido su cómodo sistema de información y satisfacción inmediata de las necesidades, en menos de seis meses el mundo retrocedió setecientos años en su historia... y a nadie, excepto por Antonio Carbajal parecía importarle.

Sólo unas semanas atrás, Carbajal había sido el CEO de una de las compañías más importantes del mundo. Cuando La Muerte Roja se propagó por el planeta con la velocidad del Sistema Global de Mensajería, Carbajal tomó la decisión más obvia: encerrarse en su búnker de sanidad controlada con nivel de seguridad cuatro. Al diablo si la humanidad entera se iba al carajo, él sobreviviría a salvo encapsulado disfrutando de la comodidad y seguridad que su estéril refugio podía brindarle a él y sólo a él.

El búnker tenía todo lo necesario para que él sobreviviese cómodamente dentro durante los siguientes treinta años: un sistema de energía autosustentable de última generación altamente eficiente, una bodega con provisiones variadas y succulentas escogidas por él mismo suficientes para alimentar a una ciudad entera, un comodísimo dormitorio cuya decoración podía adaptarse a su humor gracias a un sistema de proyección en Ultra Full HD que podía ofrecerle la ilusión de encontrarse en donde él quisiera una biblioteca con miles de volúmenes de todo tipo, un baño que era abastecido por su propio manantial, un gimnasio en el que incluso montó

un sauna y una computadora central que controlaba todas las funciones del búnker y que además le permitía mantenerse informado en todo momento de lo que ocurría en el exterior. Los estragos de La Muerte Roja le traían sin cuidado, sólo deseaba saber en qué momento sería seguro dejar el búnker y retomar el control de la empresa que, bajo su guía, habría de construir un nuevo mundo para quienes, como él, hubiesen tenido la prudencia de procurarse un refugio seguro y alejado de la inmundicia que se llevaría a las masas. Aquella era la verdadera supervivencia del más fuerte.

Era una suerte que no tuviese que compartir aquel oasis de seguridad con nadie además de su miserable alma, nunca le había interesado el matrimonio y no tenía familiares cercanos vivos y aún si los hubiese tenido, probablemente los habría abandonado a su suerte. Sólo había una persona en el mundo que le importaba: él mismo.

Así, Carbajal empezaba todos los días comprobando el estado del mundo exterior a través de los múltiples monitores instalados en el búnker que vomitaban indiferentes las horribas imágenes de los cadáveres que atestaban las calles que sólo unos días antes las habían recorrido despreocupados creyendo que La Muerte Roja se encontraba demasiado lejos para alcanzarles. Nueva York, Tokyo, París, Londres, Sydney, daba igual en dónde se mirase, La Muerte Roja posaba su letal beso en los labios de los humanos ahí donde existiesen... pero el CEO contemplaba aquello bostezando mientras se preparaba bagels con huevos y tocino.

Pasó así un año, la enfermedad continuaba su implacable avance y Carbajal seguía impune e indiferente ante el horror de sus semejantes aunque estaba empezando a aburrirse así que planeó una velada especial para cambiar su rutina cotidiana.

Se hizo con la primera botella de tres Châteauneuf-du-Pape que mandó a pedir apenas se enteró de la crisis, horneó su merienda y puso en el sistema de audio La Valkiria, su obra favorita de Wagner.

Paladeó el vino con especial deleite, engulló su cena disfrutando de las trufas y el delicado gusto del filete Kobe y se dejó invadir por el ritmo vertiginoso de la ópera alemana; la Reina de las Valkirias estaba a punto de sufrir el castigo de su padre cuando todas las pantallas mostraron un mensaje entrante: Noticias Frescas. El mensaje debía desplegarse inmediatamente a eso pero en su lugar la energía se cortó.

Carbajal maldijo por lo bajo y furioso se dirigió a la sala de control que indicaba que todas las funciones de la casa estaban operando con normalidad. Entonces ¿por qué diablos...?

Entonces escuchó el murmullo.

De inicio pensó que se trataba del sistema de audio que había sufrido alguna clase de corto circuito pero la energía seguía cortada así que eso quedaba descartado.

El murmullo era ininteligible, como el de alguien que reza sin parar en voz baja pero él se encontraba completamente solo, no había modo en que alguien se colara en su refugio.

“Bah, debió ser la dilatación del metal del búnker, la tierra o mi imaginación”, pensó sin darle importancia “mañana enviaré a alguien de la compañía a arreglar cualquiera que sea el desperfecto”, se dijo como si aún tuviera algún control sobre los destinos de las personas que habían trabajado para él. Bien, ahora sólo debía irse a dormir y...

El murmullo se intensificó, ahora estaba claro que había alguien más con él... ¿pero cómo era posible?

Lejos del miedo, una ira casi asesina se hizo con él. Vociferó “¿Quién está invadiendo mis dominios?” Pero no obtuvo respuesta y en la oscuridad apenas podía distinguir nada. “¡Anda, responde de una buena vez, cobarde!”

Recorrió el búnker a ciegas y tropezándose con todo lo que le salía al paso mientras perseguía al murmullo que ahora estaba claro estaba jugando con él como si intentase guiarlo a algún lugar concreto del aislado refugio,

“¡Te mataré como al perro que eres en cuanto te ponga las manos encima!” Casi podía disfrutar la paliza que le daría al intruso cuando su reloj de péndulo anunció la medianoche con sonoras campanadas.

Una, dos, tres...

Aquel reloj era una magnífica pieza de fabricación inglesa del siglo XIX por el que había pagado una fortuna en Sotheby's...

Cuatro, cinco, seis...

...si el intruso se atrevía siquiera a tocar su reloj o cualquier otro de sus valiosos tesoros...

Siete, ocho, nueve...

...iúnicamente él tenía derecho a estar en aquel búnker a salvo de la sucia enfermedad que estaba matando a todos los miserables que se

encontraban arriba...

Diez, once doce...

...todos aquellos inmundos e inferiores seres se merecían perecer bajo La Muerte Roja.

Como una visión salía de la imaginación de un director de películas de terror serie B que llevase a la realidad en escala mayor, el ser que murmuraba era espantoso y repugnante, una presencia alta y flaca envuelta de la cabeza a los pies en una mortaja, llevaba una máscara que se parecía de tal manera al semblante de los cadáveres que atestaban las calles que durante un año sólo había visto a través de pantallas que en una primera impresión le causó asco y por primera vez en mucho tiempo el corazón le dio un vuelco contemplar tan de cerca la imagen del mal que estaba acabando con el mundo.

“¡Revélate inmundo gusano, antes de que te mate!” Exigió intentando que su ira domase al repentino miedo que empezaba a surgir desde lo más profundo de su ser, sin embargo el intruso no se inmutó, permaneció plantado frente a Carbajal, murmurando.

Aquella actitud colmó el vaso, se abalanzó sobre la figura, le tomó por la mortaja y le zarandó mientras gritaba “¿Qué diablos está diciendo?!”

Oh, ojalá no lo hubiese sabido.

Al estar tan cerca de aquel ser no sólo se llenó la nariz del pútrido aroma de la descomposición sino que logró distinguir la voz sin tiempo ni emoción de un espectro repitiendo una y otra vez: Él como los demás recibirá su castigo, por fin le he encontrado. Que Dios se apiade de su alma, igual que la de los demás. Su destino ha traspasado puertas y ventanas hasta las entrañas de la tierra. Que Dios se apiade de su alma.

Carbajal soltó la mortaja mientras profería un grito aterrado, buscó una manera de huir pero ahí estaba siempre la figura de la muerte, repitiendo una macabra oración que iba dirigida a él sin lugar a duda...

El terror era tal que apenas notó el sabor de la sangre inundando su boca y el dolor de su cuerpo sucumbiendo como tantos otros desgraciados a La Muerte Roja.

“Que Dios se apiade de su alma”.

Capítulo 5

La Carta

Aquella mujer con el cabello teñido de un rubio absolutamente contra natura moqueaba y jimoteaba de la manera más miserable, ni siquiera había reparado en la caja de pañuelos de papel que el repugnado detective le había extendido a través de la fría mesa de interrogatorios. Aquel cuarto a medias iluminado siempre le había parecido deprimente pero teniendo a aquella mujer de frente, sólo pensaba en salir corriendo de ahí y encerrar de una maldita vez a aquella desgraciada.

En fin, no había más remedio que seguir.

El caso era simple: un niño de dos años desaparecido y la principal sospechosa era la propia madre que por la mañana había sido encontrada gritando a pleno pulmón afuera del miserable cuarto que habitaban ella y sus otros cuatro hijos. La mujer alegaba que por la noche ella misma había acostado al chiquillo y por la mañana no había más rastro de él que un jirón del pijama que llevaba y unas cuantas gotitas de sangre junto a lo que la madre juraba era una carta del supuesto secuestrador dirigida a ella. Sin embargo, ni ella, ni los niños, ni ningún vecino había visto nada raro ni escuchado nada, había sido una noche súmamente tranquila.

Pero cuando los agentes llegaron para controlar a la mujer que vociferaba en un ataque de nervios que alguien había asesinado a su hijo mientras sostenía la carta que parecía confesar el crimen, tuvieron que administrarle sedantes antes de poder contenerla y llevarla al Ministerio a declarar.

Habían metido la carta en una bolsa de plástico para conservar la evidencia pero estaba tan arrugada y húmeda por el sudor nervioso de la mujer que no encontrarían nada útil.

Estaba empezando a dolerle la cabeza, sería mejor terminar de una vez.

Hizo otra vez todo el interrogatorio: ¿Cuándo fue la última vez que vio al niño?, ¿cómo era el pijama que llevaba?, ¿había sido forzada alguna puerta o ventana?, ¿había sido robado algún objeto de la vivienda?, ¿había escuchado o visto algo fuera de lo común?... Pero la mujer respondía siempre igual, a primera vista parecía un rapto aunque...

Finalmente, harto de no obtener nada y deseoso de salir de aquel cuarto corriendo hacia su casa, pidió que los oficiales se llevaran a la mujer de regreso a los separos hasta que su abogado consiguiera algo por ella.

Ojalá no tuviese que volver a verla y sentir que el estómago se le revolvía.

En buena medida, aquella repulsión se debía al contenido de la carta que, por un lado resultaba cruel por decir menos y por otro enigmática pues ¿quién la habría escrito? En definitiva no la mujer que había tenido enfrente todo el día ¿pero entonces debía creer en su contenido? Debía admitir que era un caso interesante.

Mientras recogía sus cosas disponiéndose a abandonar la sala, decidió leer la carta una vez más por mera curiosidad, había algo en aquellas palabras con lo que simpatizaba:

En realidad esto es culpa tuya...

No te conozco ni me importa, no eres más que otra patética criatura que deambula por el mismo espacio que yo día a día. Para mí, no eres más que otra fuente de alimento, una pieza de ganado más.

Pero esta mañana te has equivocado... y desearás no haberlo hecho.

Dudo que tu obtuso intelecto comprenda lo que estoy a punto de revelarte pero lo hago siguiendo mi vocación docente; quiero que sepas lo que hice, quiero que te desesperes, quiero que lo compartas y que todo el mundo te tome por demente. Nadie va a creerte.

Verás, esta es una época dorada para mí y para las de mi estirpe. Ya no hay lugar para los cuentos de hadas y las criaturas que en ellos aparecen en la mente de los humanos así que ninguno de ustedes nos reconocería hasta que fuese demasiado tarde.

Somos abuelas, madres e hijas, amamos y odiamos con intensidad, igual que ustedes.

Participamos en el cotidiano ir y venir de la vida, disfrutamos del sol y la luna al mismo tiempo... Sin embargo nuestras diferencias son irreconciliables y, entre otras tantas, está la de obtener la vida a través de su sangre.

Ah ¿alguna vez escuchaste eso que llaman patrañas de vieja? Si hiciesen más caso a sus sabias ancianas, probablemente podrían detener a algunas de nosotras. ¿Acaso te advirtieron que nunca despegaras la vista de un recién nacido y de hacerlo debías dejar un par de tijeras abiertas en la habitación? Las ancianas decían que eso ahuyentaba a las Brujas ¿verdad?... Y lo hace, con algunas. A mí me da igual pero no todas son inmunes al hierro o a las cruces.

Así es, te metiste que con la Bruja equivocada.

Oh, pero permíteme adivinar ¿no tienes idea de lo que hiciste?

Me imagino el ceño en tu frente deformando tu rostro y tu mirada que de inmediato delatan que eres apenas más inteligente que un mono de feria.

La mayoría de ustedes, insensibles, groseras, patéticas y repugnantes criaturas lo son.

No obstante lo agradezco, si mostraran mayores signos de amabilidad, sagacidad o empatía, dudaría más de mí al hacer lo que la naturaleza me exige: alimentarme de ustedes.

Todavía no comprendes ¿verdad?

Habitar esta ciudad no es fácil, transportarse en lo que sea tampoco... Yo elijo el Metro pues es rápido y no contribuyo más a que el aire se convierta en una asquerosa y letal nata gris, pero a cambio tengo que soportar el verme convertida en sardina y viajar rodeada del olor a ganado. Puedo sobrellevar eso. Oh, pero de tanto en tanto llega una estúpida como tú con su monstruo en brazos y el viaje se convierte en un tormento.

Verás, esta mañana entraste a empujones al vagón, insultando a todo aquel que tuviese la desgracia de atravesarse en tu camino, te hiciste con dos asientos, uno para que tú viajaras cómoda y otro para que tu engendro berrease a su antojo; en ningún momento te importó que ahí hubiese ancianas con las piernas doloridas y la cadera frágil...

Hasta ahí sólo pensé en retorcerte el cuello en un "desafortunado incidente" en las escaleras de la estación en la que decidieses bajar. Jamás pensaría en tomarte como alimento, seguramente tu sabor es tan repugnante como tu actitud.

Entonces tu hijo empezó a soltar alaridos más propios de un demonio que de un niño; pataleó, lloriqueó, se tiró de la ropa y del cabello, volvió a gritar, te golpeó a ti y a la desafortunada persona que viajaba a su lado ¿y tú? Sentada e indiferente, echada como una morsa.

No imaginas cuánto tuve que contenerme para no asesinar a ambos ahí mismo... Pero no, a diferencia tuya, yo sé comportarme a la altura de mi dignidad.

Te seguí todo el día, observé tus lerdos movimientos uno a uno; vi cómo te atragantabas con grasa que ni las ratas tocan, te vi holgazanear durante el tiempo que le dedicas a eso que tú llamas trabajo, te vi convivir con otros seres tan bajos como tú, incluso te vi mientras te

inyectabas alguna clase de porquería sintética en una de las venas de tu brazo... ¿Pero tu hijo? El mocoso jamás te importó, no le prestaste la menor atención.

Oh, pero puedo asegurarte que mientras lees esto no dejas de pensar en él.

¿Que qué le he hecho? Bueno, realmente no fue la gran cosa, sólo tuve que esperar a que regresaras a la pocilga que habitas y te echaras a dormir. Las de mi clase tenemos nuestras formas de entrara donde queramos sin ser notadas. Observé a tus cinco hijos icinco deliciosos niños dispuestos a mi merced! Pero el más joven, tu monstruito era el único que me interesaba.

Lo saqué de la cuna y cuando se despertó y el bastardo se disponía a berrear, hice lo que tú debiste hacer hacía mucho, lo golpeé tan fuerte que volvió a quedarse dormido el angelito. Lo bañé pues tú, cretina desobligada, no lo lavabas en días. Una vez limpio, mientras empezaba a recobrar la consciencia, me di un festín con él. Te aseguro que estaba delicioso.

Fue sublime.

¿A dónde crees que fueron a parar sus rabietas?, ¿Acaso crees en el cielo... o en el infierno?

Finalmente eso qué importa, los hechos son simples: Me lo comí enterito, nosotras no desperdiciamos nada y digerimos los huesos sin problema. Me he limpiado la boca y las manos con los harapos que llevaba por ropa... pero no quise que me tomaras por un ser sin corazón, te he dejado un trocito para que siempre lo recuerdes.

Todavía no me he decidido pero te agradecería que te hicieras cargo de los otros cuatro pues cualquier noche de estas regresaré a por ellos y no quisiera tener que bañarles haciendo lo que tú debiste.

En verdad te metiste con la Bruja equivocada...

Hasta pronto, querida.

Se sorprendió sonriendo aunque se reprendió por hacerlo.

“Bah, no son más que patrañas para asustar ignorantes”, se dijo mientras apagaba las tenues luces de la sala... Aunque para ser honesto consigo mismo, si todo aquello fuese cierto, se pondría del lado de la Bruja.

Capítulo 6

Parece que va a llover

Una menos cuarto de la noche. Bienvenidos de regreso a la Dimensión Cero.

Como les adelantamos en el bloque anterior, esta noche nos adentraremos en una historia que comienza en un sitio visible a propios y extraños pues se encuentra en una de las calles más transitadas e importantes del corazón de nuestra ciudad aunque muy pocos son quienes reparan en el punto que marca el inicio de nuestra historia.

El 20 de Septiembre de 1629 llovió durante 36 horas ininterrumpidas sobre la Ciudad de México con tanta intensidad que a muchos llevó a pensar que Dios había decidido anegar de nuevo la tierra para limpiarla de sus pecados, para otros se trataba del Dios Tláloc llorando la suerte de quienes fueran su pueblo, en todo caso lo único cierto era que la capital Novohispana quedó sumergida bajo las aguas.

Los cómputos oficiales indicaban que en menos de un mes habían perecido ahogados o entre las ruinas de las casas que se derrumbaban ante la fuerza del agua más de treinta mil personas. Un número semejante de sobrevivientes emigraron dejando a su suerte y pena a quienes decidieron o debieron quedar sumidos en la más profunda tristeza.

La vida cotidiana se trasladó a los balcones de las casas que quedaban en pie a andamios entre calles y azoteas en los que incluso se celebraba misa en medio de lágrimas en un espectáculo lastimoso que esperamos no se repita jamás.

Como no podía ser de otro modo, la gente recurrió a la intercesión de la Virgen de Guadalupe y las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas por una gran cantidad de gente del pueblo, organizaron una procesión sin precedentes en la historia de México; a bordo de toda clase de embarcaciones, la imagen de la Virgen Madre fue llevada desde su santuario en el cerro del Tepeyac hasta la Catedral.

Largos y difíciles fueron los años que le tomó a la Ciudad recuperarse pues no sólo el agua anegada en las calles representaba un problema, pronto la ciudad comenzó a padecer epidemias y hambruna producto de la terrible inundación, sin embargo fue su gente quien rescató la vida de la Capital del Virreinato a pesar del mismísimo Rey de España quien sugería se trasladase a otro emplazamiento, fue el pueblo quien recuperó su hogar y

con el tiempo lo enaltecíó con el título (ahora perdido) de La Ciudad de los Palacios.

De aquel tristísimo episodio de nuestra historia poco nos queda, los edificios que atestiguaron la catástrofe se han perdido, sin embargo hay un pequeño detalle producto del ingenio de uno de los antiguos moradores que da fe de que esto alguna vez ocurrió. En la esquina de las calles de Madero y Motolinia, a una altura aproximada de dos metros empotrada en la pared de lo que hoy es una tienda de óptica, está una cabeza de león de piedra que nos indica hasta dónde subió el agua en La Gran Inundación.

La calle que en otros tiempos llevase en un tramo el nombre de Plateros y hoy conocemos como Madero, siempre ha sido una arteria importante en la vida cotidiana de sus habitantes ya que conecta directamente con La Plaza Mayor y como ocurre con otras tantas calles del corazón de la ciudad, quienes la habitan aseguran que está repleta de voces del pasado a las que llaman: Fantasmas.

Es a esta tienda con la cabeza de león de piedra a la que nos dirigimos esta noche.

Hace sólo dos semanas, el equipo de producción de este programa recibió en su correo electrónico material súmamente conmovedor. Yo mismo, en compañía de todo el equipo de producción, analizamos el archivo que nos hizo llegar Don Juventino Morales, actual propietario de la óptica quien remitió el material con el único fin de conocer la historia que tomó lugar en su negocio.

Don Juventino insistió en que transmitiésemos íntegramente el audio y nosotros seremos fieles a su deseo. Lo que están a punto de escuchar tuvo lugar una noche de otoño, aproximadamente hace dos meses, mientras Don Juventino ofrecía una reunión con algunos miembros de su familia y otros invitados para festejar un aniversario más de la óptica; uno de sus nietos deseaba grabar a su abuelo dando su discurso de agradecimiento pero el video no resultó como planeaban. Don Juventino apenas comenzó a hablar cuando de pronto una de las invitadas, amiga del nieto que grababa, comenzó a decir que desde las escaleras se aproximaba la figura de una mujer con la piel gris e hinchada, como si estuviese podrida. La joven, Margarita Jimenez, después describiría a la visión como a una mujer joven ataviada con un vestido viejo de otra época manchado de lodo y mugre, casi echado a perder, el largo cabello negro como escurriendo de agua y los ojos vacíos, la imagen de una mujer ahogada.

Como si no bastase esta visión para helar la sangre de cualquiera, Margarita vio impotente a esta figura avanzar hacia ella y posar su mano putrefacta en su frente. Ella no recobró el sentido horas después en la

cama de un hospital donde le suministraron toda clase de calmantes mientras en su delirio repetía una y otra vez: Parece que va a llover.

Sin embargo, el resto de los asistentes a la fiesta fueron testigos de un hecho que jamás podrán olvidar, un acontecimiento sobrecogedor que permanecerá en sus corazones por siempre y que ahora compartiremos con ustedes.

Como fondo, las risas y la música de la fiesta; Jaime, el nieto de Don Juventino, presenta con orgullo a su abuelo quien, como ya dijimos, apenas comienza a hablar cuando es interrumpido por el desgarrador grito de Margarita. Debo recomendarles que si se consideran personas altamente sensibles, apaguen esta transmisión ahora.

[Música, personas riendo y el sonido de un tenedor contra una copa]

- ¡El abuelo va a hablar! Esto es muy conmovedor.

- Amigos, compañeros, mi familia. Esta noche celebramos el trigésimo aniversario de nuestra...

- ¡Aaaaaaaaagh!

- ¿Qué te pasa Ma...?

- ¿¡Qué es eso que está subiendo las escaleras!?, ¡No!, ¡No!, ¡No!, ¡Se está acercando!

- Maggie, ahí no hay nada, tranquilízate por favor.

- ¡No!, ¡No!, ¡Está muerta!, ¡Está muerta!, ¡Por Dios no dejen que se me acerque!, ¡No!, ¡No!

[Silencio, Margarita se ha desvanecido]

- Oh por Dios, Maggie, Maggie, nena ¿estás bien?

[Margarita se levanta aturdida y pálida]

- ¿Qué... qué estáis haciendo todos vosotros en mi casa? ¡Marchaos inmediatamente!

- ¿Maggie?

- ¡Os he dicho que se larguen!

[Las luces parpadean, por un momento hay estática en la cámara y la

gente comienza a murmurar]

- Nuestro Señor está dejando caer sobre nosotros el castigo que merecemos por nuestros pecados. Tanta depravación, vileza, podredumbre... El Señor aborrece nuestros pecados y nos ahogará en ellos... ¡Aaaaaaaaagh, ayudadme, ayudadme! Mi hijo se ahogó al pie de la escalera, el haya que le cargaba en brazos se partió la cabeza intentando subir la escalera que se pudrió por el agua ¡Mi hijo murió!, ¡Mi hijo murió!. También mi esposo está muerto, lo asesinaron los saqueadores que intentaban entrar en nuestra casa montados en una barcaza de juncos ¡Mi amado Miguel! Sus cuerpos están flotando esperando que esta desgracia acabe con el mundo ¡Pero sigue lloviendo y el agua sigue subiendo! Oh Señor ¡este es el tercer día de vuestro castigo!, ¡Dígnalos Señor a llevaros el alma de esta sierva vuestra que no tiene más deseo de vivir!, ¡Sirvan mis pecados para demostraros que la hora de mi muerte será un alivio merecido! "Así fue destruído todo ser vivo sobre la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles y las aves del cielo fueron raídos de la tierra... y prevalecieron las agua sobre la tierra ciento cincuenta días" ¿Acaso debo esperar ese tiempo hasta que os decidáis a acabar con mi vida, Señor?

[Un nuevo silencio, Margarita sufre un violento estremecimiento]

- ¡Aaaaaaaaagh! El piso bajo mis pies también se pudrió ¡El agua está helada y yo... también me ahogo en el agua mugrienta! ¡Auxilio, auxilio! El agua... Ahora yo también estoy muerta ¿pero quién se encargará ahora de sepultarnos?... ¡Aaaaaagh! ¡Ya os he ordenado que os marchéis de mi casa!, ¡Intrusos, intrusos, intrusos!, ¡Lárguense!... ¡Aaaaaagh!

[Margarita vuelve a perder el conocimiento]

Por supuesto, la fiesta terminó ahí. Don Juventino no atinó a decir nada, no estaba de humor para hacerlo.

Intrigados por la historia que contó una aparentemente poseída Margarita, Don Juventino comenzó a investigar y dio con la historia de la Gran Inundación que esta noche nos ocupa...

Capítulo 7

La Luna y el Diablo

Érase una vez en una tierra muy lejana un niño que pasaba las noches conversando con la Luna.

Los días del niño eran muy duros, al alba se levantaba para ayudar a su padre y su hermano mayor en el campo, al terminar debía trabajar en el molino con su madre y sus hermanas y al acabar debía aprender la lección que su padre le designara si no quería recibir una aleccionadora golpiza.

Sin embargo, cuando toda la familia dormía, el niño se escabullía de la cama e iba hasta la pequeña ventana de su habitación desde donde contemplaba el brillo plateado de la que consideraba su única amiga pues ahí donde fuere, la Luna le seguía como si esta no deseara apartarse de él.

A ella le decía cuán cansado se sentía, cuánto extrañaba a su fallecida abuela, cuánto desearía dormir en un colchón de plumas en lugar de un jergón en el suelo junto a sus hermanos y cuánto desearía poder pasar los días jugando en lugar de trabajar.

El tiempo pasó y el niño se convirtió en hombre, aún miraba a la Luna y veía en ella la belleza inocente de su infancia pero para él ya no era más que un recuerdo, ahora tenía una mujer y dos hijos de los que ocuparse.

Sus días no eran más sencillos que antes, aún se levantaba al alba, aún trabajaba en el campo, aún deseaba un colchón de plumas y aún deseaba poder dedicar sus días a algo más que el trabajo lo que lentamente oscurecía su corazón.

Un buen día el Diablo se paseaba por los campos de aquel hombre quien se encontraba lamentando amargamente su suerte así que el Diablo sonrió y le propuso un trato: Si le entregaba el deseo más profundo de su corazón, él le libraría de sus sufrimientos y le haría rico, nunca más tendría que labrar la tierra y su fortuna sería tan grande que podría construir un palacio que haría que el del Rey luciera como una choza. El hombre, sin pensarlo, aceptó. De inmediato, cayó en un profundo sueño y al despertar se encontró al cobijo de la Luna llena, aturdido y sin entender lo que había ocurrido.

Caminó de regreso a su casa pensando que todo había sido un sueño pero en donde había estado su casa, ahora sólo había pasto crecido. Desconcertado, caminó hasta la casa de su hermana mayor y sólo

encontró ruinas, ahí no había ni un alma. Por fin, el miedo se hizo con él y corrió hacia donde debía estar la casa de sus padres pero tampoco había señal de ellos. Estaba completamente solo.

Decidió ir al pueblo buscando ayuda; ahí la gente lo recibió desviviéndose en atenciones aunque él insistía desesperado en que no había rastro de su familia. Intentaron hacerle comer y descansar sin resultados hasta que alguien le ofreció un aguardiente que rápidamente le hundió en el sopor y el sopor en un efímero alivio.

Pasaron horas, días, meses y años, el hombre se sabía dueño de una fortuna inagotable y cuando por fin comprendió que el terrible trato que había hecho para obtenerla le había arrebatado todo lo que verdaderamente quería, decidió pasar el resto de sus días ebrio, incapaz de pensar en nada que no fuese la copa que sostenía en la mano.

Finalmente cayó en cama, enfermo y solitario, rodeado de las comodidades con las que soñaba pero añorando más que nada la risa de sus hermanas, la voz de su padre, las caricias de su madre, los labios de su esposa y el brillo en los ojos de sus hijos.

Mientras agonizaba, un rayo de Luna entró a través de la ventana y con él, escuchó por primera vez la voz de su antigua compañera:

“Mi querido amigo, me duele tanto verte así. Sé cuánto has sufrido y cuánto te ha costado el engaño del Viejo Príncipe. Sé que sacrificaste tu corazón en vano. He sido tu compañera mientras mi rostro asoma a tu desdicha. Oh mi dulce amigo, he pasado un largo tiempo buscando tu salvación y finalmente la encontré. Debes dejar ese lecho, usa tus últimas fuerzas y ve al árbol en el que jugabas cuando niño. Tu familia ha estado todo el tiempo en ese claro presa de la oscuridad en que les encerró el Viejo. Mi luz te los mostrará y si logras tomarles de la mano, recuperarás cuanto perdiste. Ve ahora mi dulce amigo, yo te acompañaré como siempre he hecho”.

Así, llevado por el único ánimo que le insufló el rayo de Luna, dejó su frío palacio y recorrió con paso vacilante el camino que lo llevó hasta donde solía estar la humilde cabaña de sus padres. Sentía cómo su espíritu estaba a punto de abandonar su cuerpo cuando llegó al árbol y se dejó caer junto a él. Entonces levantó la vista creyendo que aquella sería la última vez y vio al Diablo emerger de las sombras ansioso por tomarle la mano y llevárselo consigo pero un rayo de Luna se interpuso entre ellos y ella dijo:

“No voy a permitir que te lo lleves, ya cobraste tu precio. El deseo más profundo del corazón de este hombre era pasar sus el resto de sus días con las personas que amaba pero esta noche sus días llegan a su fin y con

ello el trato. Su alma nunca formó parte de tu oferta”

El Diablo, encolerizado, intentó oscurecer a la Luna quien con su brillo hizo aparecer a los padres, los hermanos, la esposa y los hijos del hombre. La Luna brilló con más intensidad obligando al Diablo a encogerse cegado y derrotado.

“Ve ahora, ellos te están esperando, si los alcanzas justo al final de tu vida, ellos podrán llevarte a su lado para siempre”

Y así fue, el alma del hombre se separó de su maltrecho cuerpo y su espíritu se liberó alcanzando el del deseo más profundo de su corazón.

A la mañana siguiente el pueblo conmocionado encontró el cuerpo del hombre debajo del árbol con una sonrisa que nunca le habían visto en los labios y desde entonces, en las noches de Luna llena, la gente cuenta que en aquel claro aparece una cabaña donde una numerosa familia está reunida en medio de risas y dicha.

Capítulo 8

El Autobús

Ahí vamos de nuevo, el chofer ha encendido el motor y la gente aborda el vehículo ocupada en sus propios asuntos mientras yo me coloco en mi lugar favorito casi al fondo del autobús, justo frente a la puerta trasera desde donde puedo ver a todo aquel que suba o baje de la unidad en nuestro recorrido a través de las calles de esta caótica ciudad.

También me gusta ver a través de las ventanas; las luces de los autos, la gente caminando, los edificios iluminados... Aunque sé que hay algo en ellos que es ajeno a mí, me fascinan, componen un espectáculo que no puedo dejar de contemplar aunque me provoque ansiedad y tristeza de tanto en tanto... Bueno, me basta con volverme de nuevo al interior y concentrarme en mis breves compañeros de viaje.

Siento predilección por los ancianos y los niños aunque últimamente estos me crisan los nervios, "los niños ya no son como antes", diría mi mamá... Supongo que es por ella que prefiero a los ancianos, mi vieja era dura pero siempre nos amó profundamente, a mí y a mis cuatro hermanos y tenía las agallas para sacarnos adelante a pesar del borracho que la abandonó apenas nació el más pequeño, Benjamín.

Ah, ahí están otra vez las lágrimas, pensar en mi familia es otra de las cosas que prefiero evitar así que me concentro en las conversaciones de la gente. Algunos deben ir a cenar, otros tantos hablan sobre familiares a los que irán a visitar y otros tantos sobre política y sobre cómo el país se está yendo al demonio. Los nombres de los culpables nunca son los mismos pero sí los problemas...

No obstante sí hay algunos cambios en los que incluso alguien como yo repararía, en estos días la gente parece haberse encerrado en sí misma, van con esas curiosidades a las que llaman audífonos (chícharos de plástico que no se parecen en nada a los cascos carísimos que yo conocía) conectados a esos otros curiosos aparatos de plástico que parecen pequeños televisores y que ellos llaman celulares ¡cuánto me llaman la atención esos artefactos! Me paso horas intentando descifrar su mecanismo desde mi posición limitada e imparcial. Es como tener frente a mí un invento salido de un viejo episodio de Star Trek al que todo mundo puede tener acceso además, claro, de mí...

Oh, pero es tan triste que la gente pase sus días tan aislada... Ellos no se

encuentran en mi situación y no obstante parecen tan solos...

Si alguien pudiese escucharme, habría reparado en mi profundo suspiro pero ninguno lo hace, nadie repara en mí... y no es que me importe hasta que reparo en una pareja de jóvenes que viaja apenas a un par de asientos de mí y llegamos a una parte de la ciudad que conserva el alumbrado ambarino que dominaba en mis tiempos la vida nocturna de la metrópoli...

Mi respiración se acelera y empiezo a caer en el abismo abrumada por los recuerdos que no quiero ino quiero! Sin embargo ahí están...

No sé qué día de la semana sería aunque probablemente sería sábado o domingo pues era cuando la banda se reunía. Yo estaba sumida en un éxtasis sentimental pues él había compuesto una canción para mí que acababa de tocar en el teclado eléctrico. Los chicos de la banda también estaban ahí y aunque encontraban todo aquello cursi, sonreían y aplaudían condescendentemente...

Oh sí, ahora lo recuerdo, era un domingo, los ensayos se hacían los domingos pues ese era el día en que los chicos debían rendir... cuentas.

A mí nunca me involucraron y de hecho no me importaba lo que hacían, para entonces el negocio de las drogas ya era redituable y... mientras me quedara callada y al margen, él y los demás podían hacer lo que se les diera la gana.

Aquella noche me llevaron con ellos a la entrega de cuentas y... creo recordar el miedo que me daba la guarida de "El Chacal", su jefe. El lugar estaba en una calle muy oscura con una escueta puerta de latón pintada de rojo iluminada por un único foco que destacaba en medio de aquella oscuridad.

Yo jamás puse un pie detrás de aquella puerta, esa noche me quedé esperando afuera en compañía de la novia de uno de los chicos a quien no recuerdo particularmente...

Él y yo nos despedimos del resto de los chicos apenas dejaron aquel lugar horrible y nos dirigimos a la avenida donde pasaba el autobús que nos llevaría a mi casa, incluso en el camino me detuve a telefonar a mi madre desde uno de los teléfonos públicos que antes eran tan comunes.

Al igual que todos mis compañeros actuales, él y yo subimos al autobús, nos sentamos más o menos a la mitad de la unidad y mientras él me tarareaba la canción que en el teclado sonaba como una pieza clásica de piano en sus labios era una canción de cuna, se subieron dos tipos con pasamontañas cubriéndoles la cara y apuntándoles a todos con pistolas

pero sólo estaban interesados en nosotros...

No recuerdo mucho de lo que pasó después, sólo un intenso calor en la boca del estómago que fue donde me dispararon y después...

Bueno, después de eso todo es siempre frío y oscuridad hasta que el chofer enciende las luces y yo desaparezco inmediatamente como si mi existencia? estuviese ligada a que las luces del autobús que recorre esta ruta se enciendan apenas se meta el sol.

No hubo para mí un largo túnel al final del cual me estuviese esperando alguien, tampoco hubo una luz cegadora que me llevase a 'otro lado'... Simplemente hubo un corto periodo de oscuridad que fue como un sueño profundo, un sueño en el que me sumo lo quiera o no día tras día apenas se apagan las luces.

La gente habla ya del dos mil quince, eso significa que ya han pasado... cuando menos veinticinco años desde la última vez que vi a mi madre, a mis hermanos, a mis amigos y a... él... ¿A dónde se ha ido y por qué sólo yo estoy aquí atorada en esta ruta que debería haberme llegado a casa?

Supongo que estoy pagando el precio de mi silencio pero ¿por cuánto tiempo más habré de ver el mundo cambiar en este limbo? No puedo pensar en mi madre que, si sigue viva, debe ser ya una anciana como las que me gusta contemplar; mis hermanos, incluido Benjamín, ya dejaron de ser jóvenes hace tiempo y él... ¿por qué me dejó aquí sola?, ¿a dónde fue su canción?, ¿por qué sólo yo estoy atrapada consciente a medias de mí misma y del mundo que me rodea?

He intentado escapar incontables veces pero lo único que consigo es volverme a sumir en la oscuridad y despertar arriba del autobús cuando el chofer enciende las luces.

Invisible, ajena, atemporal... muerta.

Capítulo 9

La Puerta Verde

Aún caían algunas gotas de lluvia en el toldo rayado del café y el ambiente olía a humedad y granos de café tostado, probablemente el mejor aroma del mundo, al menos para ella.

Cuando su hermano fue a buscarla después del trabajo y la invito al Grand Café, aceptó de inmediato, echaba mucho de menos las salidas como aquella.

Su hermano y ella se criaron en París, sus padres se habían mudado allá cuando la situación en México se tornó caótica a principios de siglo y su padre, un estupendo músico, rápidamente se colocó en la orquesta del Teatro de la Ópera Nacional de París así que crecieron rodeados de música, poesía, pintura, cine y cualquier otra forma de arte que la cité les brindara.

Pero todo acabó cuando su padre murió.

Era una tarde de finales de verano y había llovido toda la tarde, su madre y ella se encontraban en su 'estancia amarilla' escuchando un disco con una grabación de Verdi mientras preparaban sus vestidos para la ópera cuando su hermano y el director de la orquesta llegaron corriendo para decirles que su padre había tenido un accidente y se encontraba en el hospital. No sobrevivió la noche.

Las siguientes semanas fueron de absoluto pánico. Su vida hasta entonces bañada de una luz dorada, de pronto se tornó gris y desconsoladora, todos extrañaban la voz de papá cantando, riendo, recitando poesía y componiendo nuevos arreglos y canciones que después la orquesta interpretaría como parte de sus funciones habituales. El dinero también comenzó a escasear, por entonces su hermano estudiaba en el lycée y ni su madre ni ella necesitaban hacer más nada que el ganchillo y tomar el té... y para ella los paseos con Hugo.

Ah, Hugo, el compañero de clases de su hermano quien había logrado convencer a su padre de pretenderla formalmente. Mon coeur Hugo y ella solían pasear por la rívera del Sena, Notre Dame y Mont Parnasse, incluso habían tenido una visita a Champs Elisées y Hugo le regaló el bouquet de rosas más hermoso...

Pero debieron separarse, su madre no soportaba vivir en París sin su padre y en México ella tenía una pequeña fortuna y algunas propiedades

herencia de su abuela así que los tres empackaron de regreso a un país y a una ciudad sobre la que habían escuchado toda la vida pero que se les antojaba un territorio salvaje y hostil. Hugo debía quedarse en París junto con su antigua vida, la poesía, la puntura, el cine y sobre todo, la música.

En México, se mudaron a una casa en la Colonia Roma donde la gente los miraba con recelo y a sus espaldas les llamaba los franchutes pero no se metían en sus asuntos y en general eran agradables con ellos. Su hermano consiguió empleo como el asistente de un prominente abogado de la calle de Donceles y planeaba ingresar a la facultad de Derecho de la Universidad tan pronto su trámite de migración fuese regularizado. Su madre también se mantenía ocupada haciendo de compañía de una vieja amiga de su abuela y ella había decidido ofrecer sus servicios como tutora de francés de los hijos de un matrimonio vecino, así sus días en México empezaron a cobrar una rutina que no era desagradable pero...

- Carece de la vitalidad de París. Ah, extraño tanto la música, las fiestas...

- A Hugo -interrumpió su hermano.

- Por supuesto.

- ¿Has recibido cara suya?

- Hace una semana llegó pero mucho temo que la distancia termine separándonos irremediabilmente.

- Ivonne Lacroix también tenía el ojo puesto en él.

- ¡Oh, sí que eres terrible Enrique!

- Ja, ja, ja, es una broma cariño. Hugo está enamorado de ti y apenas termine el curso, vendrá a pedir tu mano con mamá, me lo dijo en la carta que recibí ayer.

- Mon Dieu! C'est ne pas posible! ¿Estás hablando en serio?

- Absolutamente.

- ¡Ah, me haces tremendamente feliz!

- Pero debes esperar a que él lo mencione, me pidió guardar el secreto.

- Y tú eres el peor confidente.

- No podría guardarle ningún secreto a ma petite.

- Tienes que comprarme un sombrero nuevo en El Palacio, anda, anda.
- Ja, ja, ja, Hugo no vendrá a México hasta el año entrante.
- ¡Pero tengo que empezar a comprar ropa para entonces!
- Ja, ja, ja, no necesitas esas cosas para verte hermosa.
- Lo dices porque eres mi hermano.
- Lo digo porque es cierto.
- Ja, ja, ja.

Tanto su hermano como ella solían frecuentar el centro de la ciudad pues ahí parecía haberse trasladado con ellos una pequeña parte de París; el magnífico Palacio de Correos, El Centro Mercantil, El Palacio de Hierro y muchas residencias que compartían el gusto de sus dueños por el Art Nouveau con el que ellos se habían criado en Europa. También habían comprobado con deleite que en la ciudad podían encontrar una amplia variedad de cafés y restaurantes que si bien no compartían el mismo espíritu de los parisinos, ofrecían un café de mucho mejor sabor y un pan con más cuerpo.

- Allons-y, mamá va a empezar a preocuparse por ti si no estamos de regreso antes de las siete.
- Agh, a veces desearía haber nacido hombre.
- Chère, ¿aquí vamos de nuevo con tu diatriba feminista?
- Bien sûr! ¿Es acaso que no puedo hablar siquiera con mi hermano?, ¿acaso debo quedarme callada como una muñeca?
- Ah, Hugo va a tener mucho trabajo...
- ¡Hugo es un librepensador que comparte mi postura!
- Sí, sí, me lo contarás todo en el tranvía. Allons-y, allons-y!

Si había algo que extrañaba de París eran las mujeres de libre pensamiento y acción a las que, en algunos casos, consideraba sus amigas. Ellas eran dueñas de sí mismas; bailaban, asistían a reuniones, escribían, pintaban, algunas incluso mantenían sus propios negocios sin el subsidio de un hombre... Ella aún no las comprendía del todo, pero las admiraba profundamente. En cambio en México...

- ¿Por qué las mujeres no son más que otra pieza de mobiliario? No lo entiendo ¿cómo puede cambiar tanto la gente de un país a otro?

- Bueno ma petite, las circunstancias son muy diferentes.

- Cuando me case con Hugo, si tenemos una hija, le exigiré que le enseñe filosofía como a cualquier varón.

Bajaron del tranvía en la esquina del Teatro Follies cuyo único atractivo era su fachada dorada con vitrales Tiffany de color azul en tanta abundancia como nunca había visto. Ahí siguieron conversando:

- En verdad quisiera que aquí hubiese algunas parisinas.

- Moi aussi!

- Ja, ja, ja, no de las que alimentan tus fantasías, hermano. Quisiera mujeres como las que escriben para Stein, las que caminan de la mano a las fiestas con Hemmingway y Picasso.

- ¿Y tú qué sabes de esas mujeres?

- No soy sorda ni ciega, no es como si nunca me hubiese topado con ellas. Las envidio pero dudo tener el coraje para ser como ellas.

- ¿Cómo puedes saber que aquí no hay nadie como ellas?

- La libertad. La libertad les delata y aquí simplemente no hay tal.

- Vale, bien podrías empezar por serlo tú.

Empezó a reírse al tiempo que distraídamente cruzaba la calle con la vista fija en la puerta verde de su casa, un verde muy bonito que le recordaba la primavera, los parques en los que solía jugar de niña, Champs Elisées de la mano de Hugo y la promesa de un futuro abundante y brillante.

Viendo así la puerta, ensimismada, no vio el automóvil negro que a toda prisa dobló en la esquina y que no se detuvo por su causa arrollándola fatalmente en un instante. No sintió nada, no pensó en nada. No escuchó los gritos aterrados de su hermano y su llanto pidiendo una ayuda inútil. Sus ojos se cerraron para siempre mirando la puerta verde.

Capítulo 10